

La institucionalización de las ciencias antropológicas en las nuevas naciones y el papel de los museos¹

Jesús Bustamante

Durante el siglo XIX el ser humano pasó a ser un objeto privilegiado de reflexión e investigación científica, tanto en su dimensión social como individual, en su aspecto físico como en el moral, pero siempre afrontado desde una dimensión estrictamente material e inmanente. Las ciencias antropológicas, como hoy las llamamos, se convirtieron en uno de los grandes protagonistas de la época. Su especial vocabulario (“matriarcado”, “endogamia”, “sociedad primitiva”, “atavismo”....) y algunas de sus propuestas teóricas (“evolucionismo social y cultural”, “jerarquización racial”...) se difundieron mucho más allá de los medios ilustrados o científicos, creando un estilo y una moda de pensamiento de enorme repercusión. Parte de su éxito radicó en que esas nuevas ciencias antropológicas nunca fueron neutras y nunca pudieron ser sólo ciencias, sino que desde el principio aspiraron a una dimensión pragmática, que fuera aplicable y provechosa para los conciudadanos, y eso implicaba que de forma explícita o implícita siempre hubiera una agenda política.²

Resulta relativamente sencillo hablar de la notable repercusión de las nuevas ciencias antropológicas en el siglo XIX, de su protagonismo y de su dimensión política tanto en los procesos de construcción de los nuevos Estados nacionales en Europa y América (sobre todo a la hora de definir sus ciudadanos y la forma de actuar diferenciadamente sobre ellos), como de su papel en la construcción de los nuevos imperios coloniales o en la ocupación de las llamadas fronteras internas (sobre todo a la hora de definir las características y los tipos de relación posibles entre occidentales y no occidentales). Al fin y al cabo ellas aportaron o desarrollaron conceptos

1 Investigación realizada en el marco del proyecto de investigación HAR2009-10107 “Museos, memoria y Antropología” del Ministerio de Ciencia e Innovación, España.

2 Sobre estos temas existe una bibliografía amplia y variada, a la que nuestro equipo de investigación ha contribuido también durante los últimos años. Véase especialmente Bustamante (2005b).

claves como los de “pueblo”, “etnia” y “raza” (a veces utilizados de una forma que no es fácil de diferenciar) y, sobre todo, “cultura” (en su sentido amplio y actualmente dominante), “patrimonio cultural” y “folklore” (asociados siempre a un “pueblo”). Nociones todas ellas esenciales a la hora de caracterizar al propio Estado nacional, de clasificar la variedad de sus poblaciones y de favorecer o dirigir los procesos de homogenización que se consideraban necesarios. Conceptos muy instrumentales aportados en el momento oportuno por unas disciplinas que resultaban especialmente convincentes por la notable cantidad de energía y tiempo que invertían en cuantificar (pesar, medir, numerar) y clasificar (jerárquicamente) todo lo relativo a los cuerpos humanos y sus sociedades.

La Antropometría fue sin duda la gran subdisciplina de la época y estuvo muy vinculada al surgimiento de la Estadística y la Demografía modernas. El último libro de Adolf Quetelet (el creador de los estándares estadísticos internacionales) se titulaba precisamente *Anthropométrie* (1870) y la primera cátedra de Demografía la impartió a partir de 1876 Adolph Bertillon, discípulo de Quetelet, en la École d'Anthropologie de París. Pero los miembros de la prestigiosa École d'Anthropologie fundada por Paul Broca no fueron los únicos que participaron en la elaboración de estudios y estadísticas demográficas; las sociedades de Antropología de Alemania y del Reino Unido tuvieron un papel todavía más activo en la elaboración de las grandes encuestas demográficas nacionales que, entre otras cosas, definieron los distintos tipos humanos que componían la población de sus respectivos Estados nacionales y, en el caso de Inglaterra, también la de su imperio (son especialmente importantes la encuesta realizada por el Bundesrat für die Statistik con ayuda de la Deutsche Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte entre 1873 y 1875 –cuya publicación se extendió hasta 1885– y la realizada por la British Association for the Advancement of Science y su Racial Committee entre 1875 y 1883).

Sin embargo, por paradójico que parezca, hablar sobre la institucionalización de esas mismas disciplinas antropológicas durante este período resulta muy difícil. Se trata de un proceso notablemente complejo que estuvo lleno de contradicciones tanto en Europa como en América. Con este trabajo trataremos de mostrar algunas de las características principales del proceso de institucionalización tanto a un lado como a otro del Atlántico, destacando el papel clave que desempeñaron los museos y algunas conse-

ciencias que de ello se derivaron. Nos centraremos particularmente en dos casos latinoamericanos: México y Argentina.

Antropología e institucionalización

El primer problema al hablar de las ciencias antropológicas y su institucionalización surge por el hecho de que un solo término servía entonces para designar a todo el nuevo conjunto disciplinar. Antropología era y sigue siendo la voz dominante y más abarcadora, pero en lo físico era muy difícil de diferenciar de disciplinas tan consolidadas como la Anatomía y la Fisiología médicas, por no mencionar a la Frenología, y en lo social convivía conflictivamente con disciplinas emergentes como la Etnología y el Folklore, pero también con la Sociología y con la Física Social (que fue la disciplina que aplicó por primera vez el principio de causalismo y probabilidad de Laplace a los comportamientos “morales”, dando lugar a la Estadística moderna y a la Demografía).³ Pero el problema de límites no paraba ahí, porque también lo encontramos con disciplinas –o subdisciplinas– como la Paleontología y Prehistoria, o incluso la Filología Comparada, que la Antropología no consideraba como ciencias ajenas en cuanto tenían algo que ver con lo humano y el estudio de sus características o de su origen.⁴ La Antropología era, sin duda, una disciplina ambiciosa y tenía una voluntad aglutinadora muy fuerte, lo que hacía que bajo su capa nominal cupiera casi todo.

Paul Broca y Armand de Quatrefages la definieron como una disciplina de “síntesis” que tenía por objeto de estudio al ser humano en sus dimensiones “física, moral e intelectual”, es decir –expresado en una terminología más actual– “física, social y cultural” (incluyendo lo lingüístico

3 Sobre la Física Social, su relación con la Sociología de Comte y en general el surgimiento de la Estadística moderna en relación con las nuevas disciplinas antropológicas y la consolidación de los Estados nacionales véase Bustamante/Giraud/Mayer (2014).

4 Sobre la ciencia del lenguaje como una disciplina antropológica e incluso arqueológica, véase Tovar (1997). Esta dimensión de las ciencias del lenguaje en el siglo XIX está hoy muy poco atendida. Por eso la monografía más completa sobre un tema y una bibliografía actualmente casi olvidados sigue siendo Schrader (1890). Véase sin embargo Morpurgo Davies (1975).

dentro de la dimensión cultural).⁵ Ese carácter sintético tan acentuado y la notable heterogeneidad de sus objetos de estudio afectaron seriamente a la manera en que se produjo su concreción institucional.

Dicho de un modo muy genérico y según mi propia síntesis, los procesos de institucionalización de una profesión o de una disciplina tienden a ajustarse a tres modelos diferentes.

El primero se desarrolla a partir de un campo de especialidad excluyente, como diría Pierre Bourdieu.⁶ En su forma más simple ese campo de especialidad se asienta en unos materiales de estudio que se reconocen como específicos de una disciplina. Son las plantas de la Botánica, los animales de la Zoología o los textos escritos de la Filología, por poner tres ejemplos muy poco sofisticados pero sí muy claros. Por el contrario, la reivindicación de la totalidad del ser humano y sus obras, parafraseando a Herskovits (1948), como material de estudio específico de una sola disciplina, la Antropología, era algo bastante cuestionable en lo científico además de claramente imposible de poner en práctica como exclusividad profesional, tanto por la inmensidad y complejidad del campo que se pretendía acotar como porque esa exclusividad era inaceptable para toda una pléyade de disciplinas que iban desde las sólidamente establecidas (como la Medicina o la Filología), hasta las que estaban en proceso de consolidación pero tenían campos de actuación más precisos (como la Prehistoria, la Sociología o la Estadística moderna, por ejemplo). Lo que en cambio nadie cuestionó como materiales específicos de la Antropología fueron aquellos que se referían al hombre primigenio, al hombre natural o elemental –fuera éste el primitivo o el salvaje– con todas sus obras. Es decir un tipo de material muy variado pero también muy característico, que a partir de mediados del siglo XVIII –con el incremento de los viajes de exploración y las expediciones científicas– se había ido haciendo cada vez más abundante en las colecciones y gabinetes más importantes del mundo occidental, y al que desde muy pronto se le reconoció una lógica diferenciada de tratamiento y exposición. Por ejemplo, si el British Museum se creó oficialmente en 1753, ya en 1780 se constituyó de forma estable dentro de él una Galería

5 Esta definición de la Antropología de Broca y Quatrefages como “une science de *synthèse*” es el punto de partida de la monografía de Dias (cursiva del original. 1991, véanse especialmente pp. 13-15).

6 La noción de campo es una de las claves centrales de la sociología de Bourdieu, por lo que evolucionó y fue adoptando diferentes desarrollos a lo largo de sus escritos. Véase especialmente Bourdieu (1979, 1992 y 1994).

de los Mares del Sur (South Seas Room) para exponer los ricos materiales etnográficos recolectados por James Cook.⁷ Colecciones y museos se transformaron así en una de las vías de institucionalización más tempranas e importantes para la Antropología en cuanto disciplina y fueron además los que la asociaron a un campo de actuación identificable con unos materiales específicos.

El segundo modelo de institucionalización se desarrolla también a partir de un campo de especialización, pero que ahora está definido por un paradigma teórico o por un principio hermenéutico, es decir ya no por los materiales mismos de estudio, sino por una estrategia de aproximación a esos materiales y por una manera específica de trabajarlos. En el caso de la Antropología el principio hermenéutico más significativo probablemente fue la biologización de los comportamientos sociales y culturales, así como la aplicación sistemática a los seres humanos y sus conductas de paradigmas teóricos procedentes de las Ciencias Naturales como la evolución o la racialización, por poner dos ejemplos muy significativos y de enorme influencia más allá de la disciplina. El vocabulario y los discursos que la Antropología supo desarrollar a partir de esos planteamientos, como mínimo, le dieron una considerable visibilidad e influencia social, lo que fue muy importante para su profesionalización.

El tercer modelo de institucionalización se desarrolla a partir de la existencia de un conjunto de especialistas o profesionales que con su propia acción definen la nueva disciplina y, al luchar por sus intereses, establecen su campo de especificidad excluyente. Es un modelo que deriva de la propuesta clásica de Max Weber y en el que se enfatiza tanto la importancia del asociacionismo institucional, como el papel de redes informales y *lobbies*. Es también el modelo que pone mayor énfasis en la importancia de los sistemas de producción, difusión y reproducción de ideas y profesionales.⁸ Es decir

7 Sobre los materiales antropológicos y su papel en la formación del British Museum véase Braunholtz (1970), sobre la evolución institucional de la sección etnográfica dentro del British Museum, véase especialmente pp. 37-45.

8 El modelo clásico de Max Weber aparece sobre todo en su monumental *Wirtschaft und Gesellschaft* (1922). Manejo la traducción al inglés Weber (1978). La teoría weberiana ha sido desarrollada de muy diferentes maneras, también en lo que se refiere a las ciencias y sus instituciones, desde los planteamientos clásicos de Robert K. Merton a los desarrollos constructivistas de Bruno Latour (sociología del conocimiento y la *Actor-Network-Theory*) o Steven Shapin (construcción social del conocimiento). Véase una breve exposición en Porter (1990). En cuanto a la *Actor-Network-Theory*, la mejor introducción es probablemente la del propio Latour (2005).

la asociación profesional o disciplinar, una sede reconocible, una escuela o cátedra universitaria y un órgano de expresión impreso (una revista especialmente) son los elementos que este modelo de institucionalización suele considerar más significativos. Pero todos ellos, con respecto a la Antropología, siguieron procesos bastante singulares tanto en Europa como en América.

Estos tres modelos, evidentemente, no son incompatibles entre sí. En realidad cada uno atiende a una dimensión diferente, pero igualmente importante, de los procesos de institucionalización. El primero destaca la importancia de los materiales de valor patrimonial o científico, enfatizando de ese modo el papel de los museos. El segundo prioriza la importancia de crear un vocabulario y un discurso disciplinar propio, capaz de imponerse hegemónicamente sobre espacios sociales que van más allá de los límites disciplinares. El tercero atiende a los mecanismos de profesionalización, de captación de recursos, de producción de respuestas y de reproducción de profesionales.

La mayor parte de las historias de la Antropología se ha centrado, y se sigue centrando, sobre todo en el segundo modelo, elaborando fundamentalmente una historia de las teorías antropológicas, o de las teorías y los discursos antropológicos en el caso de la historiografía más reciente.⁹ El resultado es una historia fragmentada, que es más bien la de las principales escuelas antropológicas, que deja en un plano secundario o no atiende en absoluto todo lo que no sea las escuelas británica, francesa y norteamericana, con algunos añadidos puntuales sobre la alemana y, a veces, la austríaca.¹⁰ Se trata además de un modelo historiográfico fuertemente internalista, que se interesa muy poco por la dimensión pragmática de esas mismas escuelas de Antropología y mucho menos todavía por sus compromisos e implicaciones políticas y sociales. Hay que señalar dos notables excepciones, la de la Antropología racista y los regímenes autoritarios de la primera mitad del siglo xx (especialmente el caso alemán), y la relación entre Antropología y colonialismo desarrollada a partir de finales de los años 1960, como consecuencia de los procesos de descolonización y el surgimiento de

9 La bibliografía sobre estos temas es muy abundante, véase por ejemplo Barnard (2000), Fabietti (2001), Petermann (2004), Kuklick (2008) y Erickson/Murphy (2008).

10 Hasta la *History of Anthropology*, dirigida por George W. Stocking y luego por Richard Handler (12 volúmenes entre 1983-2010) adolece de esta misma tendencia. Mayor atención hacia otras áreas y tradiciones encontramos en el *Histories of Anthropology Annual* que dirigen Regna Darnell y Frederick W. Gleach (7 volúmenes entre 2005-2011).

la llamada “corriente crítica”.¹¹ Se trata de dos excepciones clamorosas que, por regla general, más que estudios han generado inteligentes denuncias y apasionadas declaraciones de principios, que nunca vienen mal pero que han tenido el efecto de proyectar una profunda sombra sobre todo lo demás, como por ejemplo el juego de relaciones que existe entre el desarrollo de las ciencias antropológicas y la consolidación de los nuevos Estados nacionales, dos procesos que son estrictamente paralelos, que interactúan y que a nosotros nos interesa especialmente indagar.

Con respecto a los otros modelos, el weberiano clásico ha sido asumido parcialmente por algunos de los estudios del tipo anterior. Pero por desgracia se lo ha desarrollado muy poco porque el caso de las ciencias antropológicas muestra algunas características más bien singulares, casi podríamos decir que desconcertantes. Si el asociacionismo es un fenómeno importante y relativamente temprano (1838 Francia, 1842 EE.UU. y 1843 Gran Bretaña, ambas asociaciones sobre el modelo francés),¹² su consolidación siguió un proceso bastante dubitativo y prolongado (1859 las dos asociaciones de París; 1869 la de Berlín; 1870 la de Florencia; 1871 la definitiva de Londres; 1879 la definitiva de Washington)¹³ y, sobre todo, su entrada en la universidad resultó complicada, inusual y decididamente tardía.

Se suele decir que Edward B. Tylor tuvo la primera cátedra de la disciplina en Oxford. Pero lo cierto es que lo que tuvo fue la curaduría del Pitt Rivers Museum de esa universidad, en 1883. Una labor asociada a esa curaduría fue la docencia en Antropología (un *reader*), que empezó a

11 La bibliografía sobre ambos temas constituye una especie de subgénero antropológico que es abordado en cualquiera de las historias generales antes mencionadas.

12 1838: Société Ethnologique de Paris, 1842: American Ethnological Society de Nueva York; 1843: Ethnological Society of London, son los tres ejemplos más claros y conocidos de este período temprano que podríamos llamar “de las sociedades etnológicas” (lo que remite a una etnología de fuerte connotación política que identificaba pueblo y raza al modo en que lo hacían los hermanos Thierry o el propio W.F. Edwards, punto de partida para desarrollos posteriores como los de Gobineau).

13 1859: Société d'Anthropologie (Paul Broca) y Société d'Ethnographie de París (Leon de Rosny); 1869: Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte de Berlín; 1870: Società Italiana di Antropologia e Etnologia (Paolo Mantegazza); 1871: Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland (que aglutina la Ethnological Society of London y la Anthropological Society of London); 1879: Anthropological Society de Washington (J.W. Powell). Todas ellas, con raíces muy diferentes, corresponden al período “de las sociedades antropológicas” que aglutinaban tanto la corriente culturalista como la biológica, y en las que lo étnico-racial había perdido protagonismo frente a un interés creciente por los orígenes y las primeras edades del hombre. Esto último es muy importante para los desarrollos latinoamericanos.

ejercer en 1884 y que en 1896 fue reconocida por la universidad con una categoría docente equivalente a la de un catedrático (un *professor*). Pero Tylor en ningún momento tuvo una cátedra ordinaria de esa universidad y hay que esperar hasta 1908 para encontrar cursos de Antropología oficiales en las universidades de Oxford, Cambridge y Londres (o más bien en su School of Economics), cursos que –salvo los que se impartían en los departamentos de arqueología y estudios clásicos– solían tener por objetivo cuestiones relativas a la administración colonial, es decir que se ofrecían como una suerte de Antropología aplicada.¹⁴

La estrecha relación entre museo y universidad también la encontramos en Estados Unidos, donde las dos primeras cátedras reconocidas fueron la de Daniel Brinton en Pensilvania (1884, en la Academy of Natural Sciences, es decir en una institución mitad centro académico y mitad museo) y la de Frederic W. Putnam en Harvard (propiamente en el Peabody Museum at Harvard, en 1887). Una relación que se repite en los casos de la Universidad de Berkeley y el Phoebe A. Hearst Museum, la Universidad de Chicago y el Field Columbian Museum o la Universidad de Columbia y el American Museum of Natural History de Nueva York (en este caso con Franz Boas como figura central, la misma que resultaría clave para el posterior desarrollo de la Antropología como disciplina en EE.UU.).¹⁵

En el caso alemán la cosa resulta todavía más confusa. Adolf Bastian enseñó desde 1866 en la Universidad de Berlín, pero siempre como *Privatdozent*,¹⁶ sólo Felix von Luschan, en 1908, obtendría –precisamente en Berlín– la primera cátedra propiamente dicha de Antropología (física y cultural) en Alemania. Aunque debe reconocerse que existió otra previa (sólo de Antropología Física) en Múnich, la que estableció en 1886 el eminentísimo Johannes Ranke. De todas formas, según mis datos, en 1903 sólo en seis de las 21 universidades alemanas se impartían cursos de Antro-

14 La escuela británica de Antropología ha sido objeto de un número considerable de monografías, aunque no tanto el proceso de su institucionalización y desarrollo universitario. Véase sobre esto Kucklick (1991) y Stocking (1995).

15 Sobre la escuela norteamericana de Antropología existe también una bibliografía abundante, aunque no tanto para su desarrollo institucional y universitario. Véase en especial Hinsley (1981), Patterson (2001) y Darnell (2001).

16 El *Privatdozent* es un profesor habilitado para la enseñanza universitaria y la dirección de tesis doctorales, pero que no tiene un cargo en propiedad ni forma parte del consejo universitario. Su actividad en la universidad es legal, pero no recibe remuneración del organismo público al no tratarse de un cargo.

pología, y sólo en una de ellas quien impartía el curso tenía la categoría de catedrático (el ya mencionado J. Ranke en Múnich).¹⁷

Por sorprendente que resulte, es en Italia donde aparecen cronológicamente las primeras cátedras universitarias de Antropología: la que se crea para Paolo Mantegazza en la universidad de Florencia en 1869 y las que se constituyen para sus discípulos en 1880 en las universidades de Nápoles (para Francesco de Sanctis) y de Bolonia (para Giuseppe Sergi).¹⁸

En cuanto al caso francés, es el que responde de forma más ejemplar al modelo de progresiva institucionalización definido por Weber, pero con un sorprendente final. La primera cátedra de la disciplina es —como bien se sabe— la de Armand de Quatrefages, cuando en 1855 decidió transformar la vieja cátedra de “anatomie et d’histoire naturelle de l’homme” en el Museo de Historia Natural de París, en una “chaire d’anthropologie”. De nuevo un museo, no la universidad.

Luego vino el proceso institucional arquetípico según Weber, que corresponde casi punto por punto al llevado a cabo por Paul Broca. Primero constituyó la asociación disciplinar: la Société d’Anthropologie de Paris (1859); luego el lugar de investigación y formación: el Laboratoire d’Anthropologie vinculado inicialmente a la École Pratique de la Faculté de Médecine (1867) e integrado poco después al complejo de docencia e investigación conocido como École Pratique des Hautes Études (1868), lo que permitió tener autonomía administrativa y recursos económicos, e hizo posible que se creara una verdadera École d’Anthropologie de Paris en 1875, con reconocimiento oficial a partir de 1878. Se trata de un modelo educativo muy francés, no exactamente universitario, pero que podía equivalerle. Ese mismo año de 1878 se constituyó el primer museo específicamente de Antropología de Francia: el Museo de Etnografía del Trocadero, en el que se reunieron las colecciones antropológicas antes repartidas por el Louvre, el Museo de Historia Natural y las secciones museísticas de las tres grandes bibliotecas parisinas: la Nacional, la del Arsenal y la de Sainte-Geneviève. Como culminación de todo este proceso y para poner orden entre las distintas instituciones, se estableció que en el nuevo museo no se podría impartir docencia ni formar nuevos antropólogos, lo cual que tuvo

17 Sobre el desarrollo de la Antropología alemana véase especialmente Bunzl (1996), Massin (1996), Zimmermann (2001), Penny (2002), Fischer/Bolz/Kamel (2007).

18 El caso de la Antropología italiana está bastante más desatendido. Véanse especialmente Grottanelli (1977), Puccini (1991) y las partes dedicadas específicamente a Italia de Fabietti (2001).

por consecuencia una quiebra efectiva en el desarrollo de la Antropología en Francia, que implicó su paralización y hasta un claro retroceso en beneficio de otras disciplinas como la Sociología, el Folklore o la Historia de las Religiones. En Francia la Antropología sólo consiguió cobrar nuevo impulso al entrar oficialmente en la universidad con la creación en 1925 del Institut d'Ethnologie de l'Université de Paris, obra conjunta de Marcel Mauss, Marcel Cohen, Lucien Lévy-Bruhl y Paul Rivet. Se inició así una nueva era de la Antropología francesa, una de cuyas primeras expresiones fue la apertura, en 1931, del Musée des Colonies y, en 1938, del Musée de l'Homme, lo que implicó la clausura definitiva del viejo Museo del Trocadero. Es decir, también en Francia la entrada de la disciplina en la universidad fue relativamente tardía y estuvo asociada a una Antropología entendida sobre todo como una ciencia aplicada y estrechamente orientada a la administración colonial.¹⁹

Así pues, el modelo de institucionalización weberiano con culminación en la universidad refleja importantes desajustes al aplicarse a los distintos desarrollos que siguió la Antropología decimonónica. Por el contrario, el modelo de institucionalización que mejor parece responder a las particularidades de las ciencias antropológicas del siglo XIX es el primero de los que hemos propuesto, es decir el que enfatiza la importancia de los museos y colecciones como vertebradores y definidores de la disciplina y de sus estrategias a la hora de presentarse a la sociedad. Se trata de un modelo al que hasta ahora se ha prestado más bien poca atención, lo cual no quiere decir que no haya estudios sobre museología, nueva museología, vida social de los objetos, Antropología de los objetos, o investigaciones sobre la historia de museos específicos.²⁰ Lo que quiero decir es que hay pocos estudios que afronten la estrechísima relación de la Antropología y los museos, del museo en cuanto “laboratorio”, como “lugar de producción” de la disciplina (en el sentido tanto de Foucault como de Latour). Una perspectiva que, sin embargo, me parece riquísima y llena de posibilidades.²¹

19 Una vez más la bibliografía es muy abundante sobre el caso francés, y en esta ocasión existen además monografías sobre las principales instituciones (en especial las más tempranas), pero no tanto sobre la dimensión universitaria. Entre la rica bibliografía disponible puede destacarse en particular Dias (1991), Blanckaert (1997), Gaillard (1997), Laurière (2008).

20 La bibliografía es muy amplia, véanse por ejemplo Appadurai (1986), Bennet (1995 y 2004), Hooper-Greenhill (1992), Karp/Lavine (1991), Pearce (1992 y 1997), Witcomb (2003).

21 Probablemente el mejor estudio con este tipo de aproximación sea Dias (1991), obra

El XIX fue el siglo de oro de los museos, instituciones que los nuevos Estados nacionales –a un lado y a otro del Atlántico– desarrollaron no sólo como lugares para la conservación de un patrimonio, sino también como centros de educación de la ciudadanía y de investigación y elaboración de nuevos conocimientos útiles. Los museos eran entonces una institución en auge que, en lo que se refiere a educación e investigación, competía abiertamente con otras como la universidad, que todavía no había impuesto su hegemonía excluyente sobre esos ámbitos.

Los museos eran un espacio institucional de prestigio, de gran visibilidad, que por su propia naturaleza daba legitimidad y transfería su prestigio a las actividades que se desarrollaban dentro de él. Algo que resultaba muy conveniente para una disciplina en consolidación como la Antropología.

Pero los museos eran algo todavía más importante para la Antropología de aquella época. Al tratarse de una disciplina con pocos recursos materiales, cuyos individuos practicantes por lo general viajaban poco o lo hacían pocas veces,²² el museo y sus colecciones constituían el lugar ideal para realizar el *trabajo de campo*, eran de hecho el espacio casi único donde podía producirse la confrontación con el material empírico, y eran por tanto el lugar preferente de la experiencia y de la experimentación, es decir: el *laboratorio*. Siguiendo el modelo tradicional de las Ciencias Naturales, el mundo entero podía aportar información y materiales en bruto (sobre todo mediante aficionados, funcionarios, misioneros y marineros; rara vez por científicos expedicionarios), pero esos materiales recolectados sólo se volvían material científico y adquirían valor demostrativo –y didáctico– en el propio museo y gracias a la labor de los científicos que trabajaban en su interior. El museo era literalmente un laboratorio y la Antropología decimonónica una de las disciplinas que mejor supo sacarle provecho. La forma de sacarle provecho variaba según cada una de las situaciones locales y nacionales, respondiendo a sus singularidades, a sus necesidades y a sus preferencias, pero manteniéndose siempre dentro del desarrollo general de una disciplina científica, que era reconocida como tal por todos sus practicantes y en todos los espacios donde ésta tenía lugar. Y esto es muy

ya varias veces mencionada. Pero véanse también las propuestas de Henare (2005), Henderson/Kaeppler (1997) y McCarthy (2007).

22 Por eso la Antropología universitaria posterior a la Primera Guerra Mundial los calificaría como *armchair anthropologists*, un término claramente despectivo que enfatizaba el profundo cambio hermenéutico que se había producido en el concepto de experiencia y material empírico.

importante de recordar cuando se estudian casos no habituales, como los latinoamericanos por ejemplo.

Museos y Antropología

Los museos nacionales, es decir lo que solemos llamar museos modernos, son una creación sobre todo del siglo XIX que nació con una vocación enciclopédica generalista heredada del siglo anterior. Querían ser un microcosmos lo más completo posible. Pero, según los casos, ese pretendido carácter generalista podía variar considerablemente en la amplitud de su horizonte. El primero de todos, el British Museum (1753), surgido en plena Ilustración, se constituyó como un *universal museum* en el que debía caber todo. Por supuesto, eso incluía —como ya hemos mencionado antes— una sección antropológica.

El British Museum ha sido siempre un museo bastante singular por la asombrosa amplitud del universalismo al que aspiraba y probablemente es además el museo que ha intentado conservar ese carácter por más tiempo. Pero incluso en su caso ha sido inevitable que a lo largo de los años se fueran escindiendo fragmentos muy significativos de esa universalidad inicial: 1824, la National Gallery; 1881-83, el llamado British Museum of South Kensington, que propiamente es el British Museum of Natural History (la separación de sedes y colecciones se completó legalmente en 1963); y en 1997, la British Library. Dentro del imponente conjunto de materiales y documentos que forman tan inmensa institución, la sección antropológica nunca fue autónoma; de hecho ni siquiera fue un departamento por sí mismo hasta 1946.²³ Hubo un momento, entre 1970 y 1997, en que el departamento de etnología contó con notable autonomía y hasta con un edificio propio, conocido oficialmente como Museum of Mankind. Sin embargo, la crisis de la Antropología y sus museos que se produjo a finales del siglo XX acabó con esa etapa, volviendo fondos y expositores al edificio principal del British Museum.

23 Con anterioridad la sección antropológica (mencionada por primera vez en 1845) formaba parte de unidades más amplias con denominaciones bastante peculiares: Departamento de antigüedades orientales y etnografía (1857), Departamento de antigüedades británicas, medievales y etnografía (1866) y Departamento de cerámica y etnografía (1921).

Para los objetivos de este trabajo lo que nos importa destacar es que en el momento clave de la institucionalización de la Antropología durante el último cuarto del siglo XIX, ni siquiera en el British Museum estaban juntos los materiales antropológicos formando un solo discurso expositivo, sino repartidos entre sus dos sedes principales: el British Museum de Bloomsbury (o sea, el edificio tradicional) y el de Historia Natural de South Kensington. Esa división es un estándar que se repite en muchos otros casos. En Francia, por ejemplo, es la que se produce entre el museo nacional del Louvre (1792), de carácter general y vocación muy “universalista”, y el Musée national d’histoire naturelle (1793), de carácter especializado,²⁴ y cabe añadir además que sólo en el segundo se desarrolló la actividad científica y docente que llevaría a crear la primera cátedra formal de la disciplina.²⁵

Museos generales, más o menos universalistas, y museos de historia natural, más o menos especializados, fueron las instituciones en que habitualmente se coleccionaban los materiales antropológicos, que de ese modo competían con todo tipo de intereses y disciplinas. Los museos especiali-

24 Los museos franceses son propiamente los primeros museos nacionales, una exposición general sobre su desarrollo puede encontrarse en Schaer (1993); una exposición específicamente dedicada a los museos y exposiciones de tema antropológico en L’Estoile (2007).

25 En los EE.UU. el desarrollo del gran museo nacional y su relación con la Antropología es algo diferente pero termina con unos resultados bastante parecidos. Como es sabido, la donación de James Smithson que permitió crear la Smithsonian Institution en 1846 tenía por objetivo, entre otras cosas, crear el US National Museum, que según los criterios de la época debía estar unido a un centro de estudio e investigación. Ese gran museo nacional, responsable de conservar todo el material asociado a las exploraciones y a la expansión hacia el Oeste norteamericano (lo que incluía sus poblaciones indígenas), fue reestructurado en 1910 y rebautizado como The National Museum of Natural History. Previamente, en 1879 se había creado el Bureau of Ethnology, luego Bureau of American Ethnology (1897), una institución pensada específicamente para poder transferir a la Smithsonian los riquísimos materiales –documentales y museísticos– sobre las poblaciones indígenas que se guardaban hasta entonces en el Interior Department. La riqueza de esos materiales antropológicos, junto con la habilidad personal y los contactos políticos de John Powell, transformaron esa peculiar oficina, inscrita dentro del Smithsonian United States National Museum, en el primer núcleo institucional vertebrador de la Antropología norteamericana. Sobre estos temas la monografía de Hinsley (1981) sigue siendo fundamental. Es importante no confundir esta institución y sus materiales con el actual National Museum of the American Indian, creado en 1989 al integrarse dentro de la Smithsonian el antiguo Museum of the American Indian, institución hasta entonces privada, creada por George Gustav Heye en 1916 y cuya sede principal estaba en Nueva York.

zados sólo empezaron a surgir en la segunda mitad del siglo XIX, aunque es cierto que con anterioridad hubo alguna propuesta teórica (como la parisiense de François Jomard de 1831) y hasta alguna concreción institucional, como el excepcional Museo Siebold de la Universidad de Leiden (1837), embrión del futuro Rijksmuseums voor Volkenkunde.²⁶ Sin embargo, su verdadero momento se produjo en el tercer cuarto del siglo, y las sucesivas creaciones museísticas son un indicio clarísimo de la progresiva organización institucional y creciente visibilidad de la disciplina antropológica: 1866, Museo de Arqueología y Etnografía de la Universidad de Harvard (a partir de la donación de George Peabody = Peabody Museum at Harvard); 1873, Nordiska Museet de Estocolmo (a partir de la donación de Arthur Hazelius); 1874, Museo Preistorico e Etnográfico de Roma (Luigi Pigorini, a partir del antiguo museo barroco de los jesuitas, habitualmente identificado con Athanasius Kircher); 1874, museos de Antropología y etnografía de Dresde y Múnich; 1877, Museum für Völkerkunde de Hamburgo (heredero del viejo Museo Godeffroy y ubicado en la primera planta del Museo de Historia Natural); 1878, Museo de Etnografía del Trocadero, París; 1883, Museo de Etnografía de Oxford (a partir de la donación del general August Pitt-Rivers, que impuso como condición que la universidad estableciera una *permanent lecturer* en Antropología; museo y *lecturer* se inauguran en 1884); 1884, Cambridge University Museum of Archaeology and Anthropology (a partir de la donación de las colecciones de la Cambridge Antiquarian Society en 1883); 1886, Museum für Völkerkunde de Berlín (la creación de Adolf Bastian que se volvería modélica a un lado y otro del Atlántico). Hubo varios otros más, de menor volumen y hasta de carácter privado, entre los que me permito destacar el Museo Antropológico del Dr. Pedro González Velasco en Madrid, fundado en 1875.²⁷

Una segunda oleada de museos antropológicos tuvo lugar con el cambio de siglo y, sobre todo, una profunda reestructuración se produjo a partir de la crisis de los años 1930, en relación directa con una nueva definición de las disciplinas antropológicas y de su incorporación a la universidad. Pero no entraremos en ello, porque nuestro objetivo en este trabajo

26 El Rijks Ethnographisch Museum de Leiden se constituyó propiamente en 1864. Antes existió el Rijks Japansch Museum Von Siebold, considerado su primera forma institucional. Se trata de la rica colección de objetos japoneses que el naturalista Philipp Franz von Siebold donó a la Universidad de Leiden y que se hizo de acceso público en 1837. Véase sobre todo Effert (2008).

27 Sobre el caso español véanse Ronzón (1991) y Romero de Tejada (1992).

es intentar mostrar cómo los desarrollos latinoamericanos decimonónicos se ajustaron de forma bastante regular y al mismo tiempo innovadora a lo que ocurría en el resto de Occidente.

Dos ejemplos latinoamericanos: México y Argentina

Como ocurre en Europa, un buen número de los museos nacionales latinoamericanos nacieron en fechas tempranas, concebidos como museos generales y con una declarada voluntad de constituirse en microcosmos lo más completos posibles. Ejemplos de ello son el Museo Público de Buenos Aires (1812 y 1823), el Museo Nacional de Santiago de Chile (1813 y 1838), el Museo Nacional de Río de Janeiro (1818) o el Museo Nacional de México (1825 y 1831).²⁸

Sin embargo, todos ellos muestran también otra característica muy importante. Quizá porque su creación formaba parte de los procesos institucionales que se consideraban obligatorios durante el período inmediatamente posterior a las independencias, lo cierto es que esos museos generales de Latinoamérica nacieron con la singularidad de poner como horizonte de referencia su propio cosmos nacional, y no el universal de tradición ilustrada que caracterizaba al British Museum o al Louvre. Es decir, desde muy temprano estos museos entendieron que su objetivo preferente debía ser elaborar la totalidad nacional como microcosmos museal, dejando en segundo plano lo que fuera externo a ella. Se interesaban por todo lo relativo a la historia, arte y naturaleza de un espacio concreto, que no iba más allá de las fronteras territoriales de la propia nación o del área geográfica en la que estaba inscrita. Un rasgo que desde luego se encuentra también en los museos nacionales europeos, pero no con el mismo nivel de importancia. Y eso incidió en el posterior desarrollo de este tipo de instituciones en suelo americano, como veremos a continuación, aunque centrándonos sólo en dos casos concretos que me parecen especialmente significativos y que se ubican en sus dos extremos geográficos: México y Argentina.

28 Sobre los museos de la América Latina existe una bibliografía amplia y variada, a la que no siempre es fácil acceder. Una buena aproximación de conjunto, al menos para los países más sureños, puede encontrarse en Andermann (2000c), que incluye monografías sobre diferentes museos argentinos, brasileños y chilenos. Una aproximación general sobre el caso mexicano puede encontrarse en Rico Mansard (2004).

Sobre estas instituciones museales en su momento fundacional sabemos muy poco. De hecho, como ocurre también en otros casos del continente, los estudiosos suelen mencionar dos fechas, una con una fundación más bien teórica, que se produce sobre todo como declaración de intenciones en el papel, y después otra que corresponde a una fundación práctica o refundación, mediante la cual se consigue reunir un patrimonio material en un lugar concreto: 1812 y 1823 para Buenos Aires;²⁹ 1825 y 1831 para el caso mexicano.³⁰ Pero más que esa condición dubitativa del momento fundacional preciso, lo que interesa destacar aquí es que esa primera etapa de constitución estuvo determinada no tanto por un proyecto de qué hacer hacia el futuro como por la tradición coleccionista y el tipo de patrimonio previamente existente con la que se constituyeron tales museos, pues debe recordarse que en ambos casos existían y además con unas características bien determinadas.

Con respecto al primer Museo Nacional de México los estudiosos han debatido sobre cuánto podía deber a los fondos artísticos de la Academia de San Carlos y a la rica colección mineralógica y química del antiguo Colegio de la Minería, por ejemplo. Pero de lo que nadie duda es que las características de esa primera institución museal mexicana estuvieran determinadas sobre todo por los fondos procedentes del antiguo Gabinete de Historia Natural, creado por José Longinos en 1790 en relación con la Real Expedición Botánica a la Nueva España (la que dirigieron Sessé y Mociño entre 1787 y 1803), y más aún por la enorme colección de antigüedades, nunca enviada a España, recolectada por la Real Expedición Anticuaria a la Nueva España (la que dirigió Guillermo Dupaix entre 1805 y 1808).³¹ Un fondo de historia natural de primera magnitud y un fondo

29 Fue ubicado en la planta alta del antiguo convento de Santo Domingo, junto a otras dependencias como un gabinete de Física, un laboratorio de Química y un observatorio astronómico, aprovechando la exclaustración que se había producido ese mismo año de 1823. El museo se denomina, hasta 1882, Museo Público de Buenos Aires.

30 Fue ubicado en el edificio de la antigua Universidad de México, ocupando un salón y una parte del claustro (donde estaban las piezas más monumentales, como la estatua ecuestre de Carlos IV o la famosa escultura azteca de la Coatlicue). En 1825 –aunque en otros documentos aparece noviembre de 1822– se creó en el edificio universitario un “conservatorio de antigüedades y un gabinete de historia natural”, que en 1831 pasaría a designarse Museo Nacional, denominación que se mantendría sin cambios hasta 1909. Véase en García (1909) una primera historia documentada de la institución, pero véase en Sánchez (1877) otra historia temprana con datos discordantes.

31 La bibliografía sobre las expediciones científicas ilustradas es muy abundante y se ha incrementado en los últimos años. Sobre la de Sessé y Mociño a la Nueva España,

arqueológico también excepcional, que en ambos casos se habían constituido buscando la especificidad del hombre y de la naturaleza en el suelo mexicano. Sin duda, un buen punto de partida para un museo nacional de carácter general, pero una herencia que inevitablemente enfatizaba los criterios de territorialidad y singularidad (es decir, lo contrario del universalismo ilustrado que, paradójicamente, había impulsado la formación de esas mismas colecciones).

En el caso del Museo Público de Buenos Aires la información disponible es mucho menos detallada, entre otras cosas porque en el Río de la Plata no existió una tradición expedicionaria ilustrada tan poderosa y una cultura colectora científica tan fuerte como la que hubo en Nueva España, ni llegó a materializarse en instituciones previas a la creación del propio museo nacional. Pero eso no quiere decir que no existieran. De hecho, hubo importantes prácticas de recolección naturalista, frecuentemente asociadas a expediciones científicas, destacando muy especialmente la de delimitación de fronteras de Félix de Azara por la larga labor recolectora llevada a cabo (entre 1781 y 1801) y por la influencia que tuvo en la zona. Y hubo además prácticas de recolección impulsadas por las autoridades virreinales y locales, normalmente sobre cuestiones relativas a las riquezas naturales y la farmacopea,³² pero también al debate sobre los huesos de gigantes, seres vinculados al suelo argentino desde el siglo xvi y que a lo largo del xviii se concretaron como una megafauna asombrosa. Uno de esos ejemplares especialmente completo, el megaterio o perezoso gigante descubierto por un estudioso local –Manuel de Torres– terminó siendo remitido, con la mediación de varias autoridades y del propio virrey, al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, donde Juan Bautista Bru lo reconstruyó y describió, despertando la atención no sólo de una figura científica como George Cuvier (que fue quien dio nombre a la especie) sino también la del propio presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson.³³ El megaterio daba nueva vida a la polémica internacional sobre los

sin embargo, me parece que sigue siendo una buena introducción la obra de Lozoya (1984). En cuanto a la Real Expedición Anticuaria, una buena visión general la proporcionan Alcina (1995) y Cabello Carro (1992).

32 Sobre la cultura científica en el Río de la Plata en el período de la independencia véase Asúa (2010).

33 Sobre este episodio y sus consecuencias, véase López Piñero/Glick (1993). Sobre la primera etapa de la paleontología en el Río de la Plata, véase Tonni/Pasquali/Laza (2007, especialmente pp. 23-33).

gigantes antediluvianos en el momento mismo en que se estaba forjando la nueva ciencia paleontológica,³⁴ lo que proporcionaba un protagonismo muy especial a la Argentina en este aspecto.

A diferencia del ejemplo mexicano, el primer Museo Público de Buenos Aires o Museo del País, como lo denominó inicialmente Bernardino Rivadavia en su resolución constitutiva de 1823, no parece haber nacido a partir de una gran colección de piezas, ni que estas fueran muy significativas. Pero en todo caso surgió, tal como dice la primera resolución constitutiva de 1812, haciendo “acopio de todas las producciones, extrañas y privativas de este territorio [...] Invitando a los ciudadanos que las posean a que con ellas hagan un presente que reconocerá este Gobierno con la mayor estimación” (Tonni/Pasquali/Laza 2007: 33-36).³⁵ Es decir, también en Buenos Aires se recurrió a una tradición colectora previa, aunque en este caso fuera sobre todo privada, y una vez más la nueva institución se hizo poniendo énfasis en los criterios de territorialidad y de singularidad local, lo que en el Río de la Plata implicaba enfatizar la Historia Natural y, dentro de ella, los famosos huesos de gigantes.

Así pues, a pesar de todas sus diferencias, los museos nacionales de México y Buenos Aires desde su misma fundación coincidieron en priorizar todo lo que se creía que daba singularidad al propio territorio y en utilizar la temporalidad como clave explicativa de esa singularidad (natural o humana). Se fijaba así el binomio Historia Natural y Arqueología en México; y el de Historia Natural y Paleontología en Buenos Aires. En ambos casos no se trataba de un discurso o un proyecto articulado, sino que era consecuencia de una tradición colectora previa.

La falta de un proyecto fuerte y de un discurso museístico articulado se hace evidente porque, tanto en México como en Argentina, tras esa temprana fundación siguió un largo período de escasa actividad (o, al menos, muy poco documentada) que se prolongó hasta la década de 1860, que en ambos casos representa una especie de refundación y cambio de trayectoria que, sin embargo, sólo se consolidó a partir de los años 1870 y 1880, con la completa estabilización política de ambos estados nacionales.

³⁴ Sobre esta cuestión véase Pelayo (1996, especialmente pp. 290-302).

³⁵ Texto original en *Gaceta Ministerial* del 7 de agosto de 1812, otros relacionados en Tonni/Pasquali/Laza (2007: 33-36).

En el caso del Museo Público de Buenos Aires ese período fue bastante complicado y llegó a afectar negativamente a las partes más científicas de la institución.³⁶ A cambio se incrementó la colección de objetos históricos y emblemáticos de la patria (asociados a figuras como San Martín o Juan Manuel de Rosas). Aunque quizá lo más significativo es que en 1841, en vez de incorporar dos importantes colecciones de fósiles (la de Francisco Javier Muñiz y la de Pedro de Angelis), se prefirió enviarlas –al parecer por iniciativa del propio Rosas– a Londres (Royal College of Surgeons Museum, la colección de Angelis) y París (Muséum d'Histoire Naturelle, la colección de Muñiz) con la finalidad de poner a la Argentina en los foros científicos internacionales (repitiendo, de alguna manera, lo ocurrido con el megaterio en el siglo anterior) (Onna 2000). Tras la caída de Rosas, y siguiendo un modelo aprendido por los exiliados en Brasil, se trató de revivir la institución creando una Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata (1854), sin demasiado éxito pero a la que debemos una memoria (1856) con la primera descripción completa del museo. Allí se lo define como un organismo destinado al “estudio de las ciencias, las letras y las artes”, que se estructuraba en seis secciones: Zoología, Botánica, Mineralogía, Numismática, Bellas Artes y Varios Ramos (destacando entre ellos la Arqueología y Etnología, con piezas egipcias y romanas, además de las propias de los “salvajes americanos”) (Sauro 2000).

El cambio verdaderamente importante, hay que volver a decirlo, se produjo en la década de 1860, coincidiendo con el período de estabilización política y organización nacional representada por Mitre y Sarmiento, es decir los dos primeros presidentes de la república federal unida. Ese cambio estuvo asociado sobre todo a la profesionalización del museo y de su administración, con la designación del científico alemán Carl Hermann Burmeister como director (cargo que ocuparía de 1862 hasta su muerte en 1892). Burmeister reorganizó la institución reduciéndola a tres grandes secciones: Arte, Historia y Ciencia, pero impulsó sobre todo esta última, entendida como Ciencia Natural y dando particular atención a la Paleontología. De hecho llegó a reconvertir la Asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata en una Sociedad Paleontológica Argentina (1866), una de las primeras en el continente y fuera de él. A Burmeister se debe

36 Desaparecieron el gabinete de Física y el laboratorio de Química, y hasta el primer director de la institución –Carlos Ferraris– renunció a su cargo (1836) y se marchó del país (1842). Sólo entonces fue nombrado un sustituto en la persona de Antonio Demarchi.

además la primera catalogación sistemática de las piezas y su publicación, para lo que creó los *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, pero con la reveladora característica de que todas las entregas del primer volumen (1864-1869) fueron escritas por el propio Burmeister. El naturalista alemán había asumido el museo como una empresa tan personal que hizo de ella un ámbito poco acogedor, dificultando que ese espacio institucional de creciente prestigio internacional pudiera cumplir un papel semejante al que encontramos en sus homólogos de París o Berlín, pero sobre esto volveremos más adelante porque corresponde al momento decisivo de la institucionalización de la Antropología en las tierras del Plata.³⁷

Con respecto al museo mexicano, la información correspondiente a este período intermedio del siglo XIX es todavía más escasa y aún menos significativa que la que disponemos sobre Argentina. Pero basta para confirmar que se trataba de un museo general, con fondos en los que destacaba sobre todo lo arqueológico y lo relacionado con la Historia Natural. Es decir, nada especialmente novedoso. Hay que añadir que la institución tuvo un importante impulso durante el imperio de Maximiliano, en el contexto de otros grandes proyectos culturales como la Comisión Científica Franco-Mexicana o la creación de una Biblioteca Nacional, lo que tuvo por consecuencia su traslado en diciembre de 1865 a un nuevo espacio junto al Palacio de Gobierno, en la antigua Casa de la Moneda, que sería su sede por los cien años siguientes. Pero como es lógico, el verdadero desarrollo y consolidación del Museo Nacional mexicano sólo se produjo una vez conseguida la estabilización política e institucional del país, lo que estuvo asociado –para bien o para mal– con las sucesivas presidencias de Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911).³⁸

En el caso mexicano, la figura clave fue Gumesindo Mendoza, director del Museo Nacional desde 1876 hasta su repentina muerte en 1886. A él se debió la profesionalización de la institución, la reorganización de sus fondos o, mejor dicho, su primera organización general con criterios científicos, su catalogación y su publicación, para lo cual dotó al museo de una imprenta y de un órgano de expresión estable: los *Anales del Museo Nacional* (que comenzaron a editarse en 1877).³⁹ El museo mantuvo su carácter

37 Sobre Burmeister y el Museo Público véanse Andermann (2000a) y Tonni/Pasquali/Laza (2007, sobre todo pp. 39-46), además de Biraben (1968) y Arenas (1991, sobre todo pp. 37-48).

38 Para la historia de este museo véase muy especialmente Morales Moreno (1994).

39 Sobre Gumesindo Mendoza y su papel en el museo véase Guevara Fefer (2004).

general y quedó dividido en tres grandes departamentos: Historia Natural, Arqueología e Historia (este último con dos secciones: “objetos históricos” y “objetos artísticos”). Es decir, a las secciones tradicionales (Historia Natural, Antigüedades y Arte) se agregó una nueva, cada vez más importante, con las “reliquias patrias” y otros objetos históricos de especial significación, como había ocurrido también en Argentina. Ahora bien, a pesar de la importancia de la sección naturalista y de que el primer director de esta nueva etapa (Gumesindo Mendoza, 1876-86) fuera un farmacéutico, el segundo un botánico (Jesús Sánchez, 1887-89) y el tercero un médico (Francisco del Paso y Troncoso, 1889-1892),⁴⁰ el departamento privilegiado fue siempre el de Arqueología, quizá –como dice el propio Gumesindo Mendoza– porque “la sección de Antigüedades mexicanas [...] es la que de preferencia desean conocer los extranjeros, quienes por fortuna, ya comienzan a visitar nuestro país” (Mendoza 1877: 112),⁴¹ y este fenómeno se refleja también en las publicaciones, sobre todo en los *Anales del Museo Nacional*,⁴² y en la forma en que fue creciendo y remodelándose la propia institución en cuanto tal. Resulta ejemplar en este sentido la incorporación de piezas como el llamado Calendario Azteca, auténtico icono nacional que desde su descubrimiento en 1790 se había exhibido en el lateral de una de las torres de la catedral mexicana y cuyo traslado al museo en 1885 implicó la remodelación de toda la sección de Antigüedades. El 16 de septiembre de 1887, solemne fiesta patria, se inauguró la nueva sala de arqueología, conocida a partir de entonces como Galería de los Monolitos, en la que se aunaba lo científico, lo patrimonial y la educación ciudadana (con una propuesta bien precisa⁴³). Se consolidaba y se difundía con ella una imagen de enorme vigor o, mejor dicho, todo un imaginario sobre las antiguas culturas prehispánicas y las esencias nacionales. Y también quedaba explícito cuál tenía que ser la función pública de un museo nacional. Precisamente

40 La historia institucional precisa es algo complicada, véase una lista de los directores del Museo y su períodos en *Anales del Museo Nacional de México* (1905, 2ª época, 2: 412).

41 Citado también en Guevara Fefer (2004: 147).

42 Para un análisis de los *Anales del Museo* durante este primer período, véase Brambila Paz/Gortari (2004).

43 “La idea dominante en las reformas emprendidas, ha sido hacer del Museo Nacional una *Escuela popular de enseñanza objetiva*, tanto más útil cuanto que en ella recibirá instrucción principalmente la multitud de personas que no adquieren en las escuelas los beneficios de la enseñanza”. Así lo dice Jesús Sánchez, director de la institución, en su informe de 1887 (Sánchez 1887: 4). El subrayado es del texto original.

por eso Luis Gerardo Morales identifica esa fecha y esa propuesta como el inicio de la museografía moderna en México.

En todo caso, no cabe duda alguna de que el Museo Nacional mexicano entró en su fase más madura y profesional asumiendo la pedagogía patria como uno de sus objetivos prioritarios y actuando él mismo como institución creadora y legitimadora de la historia oficial. En cuanto tal no sólo dispuso del apoyo y la protección gubernamental, sino que participó activamente en la definición de políticas concretas, como las relativas a la realización de excavaciones arqueológicas y a la protección del patrimonio nacional por ejemplo.⁴⁴ Además el museo fue centro de una formidable campaña de propaganda internacional para difundir la imagen de la naturaleza, los hombres, el pasado y el presente de la República Mexicana (y de su gobierno), aprovechando todas las coyunturas posibles (congresos internacionales, conmemoraciones como las de los centenarios, etc.) y, especialmente, el extraordinario escaparate que ofrecían las grandes exposiciones universales del último cuarto del siglo XIX y principios del XX (Tenorio Trillo 1998).

En ese contexto, dentro de una institución cada vez más inclinada hacia la historia y la arqueología nacionales, pero buscando el reconocimiento y los estándares internacionales, se creó una nueva sección monográfica dedicada a “Antropología y Etnografía” para lo que se llevó a cabo una importante ampliación y mejora de las instalaciones. Era el año 1895 y se hizo en el contexto de la celebración del XI Congreso Internacional de Americanistas (un evento muy sonado porque fue el primero celebrado en suelo americano). Pero la nueva sección respondía sobre todo a una creciente preocupación mexicana por las cuestiones antropológicas, especialmente de Antropología Física, tanto en su lado criminológico, como eugenésico y médico (en particular los problemas asociados a la respiración en tierras altas y las posibles consecuencias para el desarrollo cerebral de una oxigenación deficiente),⁴⁵ porque los problemas relativos a la propia

⁴⁴ En 1885 se creó la Dirección de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos dentro del Museo Nacional, aunque guardando una relación complicada en cuanto a presupuestos y dirección. Esta institución fue muy importante para el desarrollo de la arqueología profesional y de antropólogos vinculados a su práctica.

⁴⁵ Se trata de temas que en el México positivista inquietaban cada vez más y que solían asociarse a la cuestión de la “sangre” indígena y el mestizaje. En esta línea se inscriben los trabajos de los doctores Daniel Vergara Lope y Alfonso L. Herrera, así como los de los criminólogos Francisco Martínez Baca y Manuel Vergara, entre otros muchos. Sobre estas cuestiones hay una amplia bibliografía que no cabe citar aquí. Véase Busta-

población y a sus variedades, a su categorización y a las políticas que debían aplicarse sobre ellas habían pasado entonces a un primer plano social. Junto a la Arqueología y su poderosa pedagogía patria, la Antropología abría así su propio espacio institucional y lo hacía, una vez más, en el museo. Y en él encontraba también la vía para su profesionalización y la formación de especialistas.

Nicolás León, director de la sección de Antropología del museo entre 1900 y 1907 y miembro muy activo de la institución hasta su fallecimiento en 1929, decidió aprovechar el espacio institucional del museo para iniciar la enseñanza formal de la disciplina en la República Mexicana.⁴⁶ En 1906, aunque sin duda hubo actividad docente previa,⁴⁷ comenzó a impartirse en el Museo Nacional el primer curso oficial de Arqueología, Historia y Etnología; en 1907 el curso se amplió con las materias de Idioma Mexicano (náhuatl) y Prehistoria; y en 1911 se amplió aún más con Antropología Física. Genaro García se encargaba de la Historia; Jesús Galindo y Villa de la Arqueología; y Nicolás León de la Antropología Física y de la Etnología, materia esta última en la que muy pronto fue sustituido por Andrés Molina Enríquez. Después fueron llegando otros profesores. Entre los primeros alumnos se contaba Manuel Gamio.

Esta pionera actividad docente del museo entró en competencia, a partir de 1911, con la nueva Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, impulsada por figuras de la talla de Franz Boas y Eduard Seler y considerada por muchos como la introductora de la Arqueología y la Antropología modernas en México.⁴⁸ Hay que decir que la actividad de

mante (2005a, especialmente pp. 308-310 y referencias allí citadas).

46 “El año 1903 se fundó en el Museo la cátedra de Antropología y Etnología que se me confió, tocándome por ello ser el primero que en México diese, oficialmente, enseñanza de estas materias”, dice Nicolás León (1919: 234; texto idéntico en León 1922: 104).

47 No sólo la llevada a cabo por Nicolás León desde 1903, sino que sabemos que en 1887, dentro de la reestructuración del Museo Nacional promovida por Jesús Sánchez (que incluyó la creación de la Galería de los Monolitos y la nueva función “pedagógica” de la institución), se creó una efímera sección de Antropología a cargo del Dr. Francisco Martínez Calleja, “siendo él, en México, el primer profesor oficial de *Antropología física*”, según dice el propio Nicolás León (1919: 231; también en León 1922: 102). Esta temprana actividad docente no está nada clara, porque el mismo Nicolás León afirma poco después que aunque Calleja tenía “el título de Profesor de Antropología, no fue, en realidad, sino el conservador de esa Sección” (León 1919: 234; también León 1922: 104).

48 La Escuela Internacional se constituyó en septiembre de 1910 con el auspicio de los gobiernos de México, Alemania (Prusia) y Francia, y el apoyo de las universidades nor-

la famosa Escuela Internacional se hizo muy discontinua a partir de 1914 (como consecuencia de la inestabilidad revolucionaria pero sobre todo por el comienzo de la Primera Guerra Mundial) y aunque hubo varios intentos de revitalizarla a partir de 1919, lo cierto es que para 1921 había cesado por completo. Por el contrario, los cursos impartidos en el Museo Nacional, que también tuvieron sus problemas, fueron incorporados a partir de 1916 al currículum oficial de la Escuela Nacional de Altos Estudios cuya actividad –algo irregular al principio– había comenzando en 1910 (con la creación de la nueva Universidad Nacional) y cuyos dos primeros cursos de Antropología (1910-11 y 1912-13) contaron con la participación del propio Franz Boas como profesor,⁴⁹ pero cuya estabilización sólo empezó a producirse al incorporar las cátedras del Museo Nacional.

Es decir, en el caso mexicano el Museo Nacional fue sin duda un lugar privilegiado para la institucionalización y profesionalización de las disciplinas antropológicas. No sólo porque ejerció como su laboratorio y espacio de reconocimiento (nacional e internacional), sino porque la evolución que siguieron y las posibilidades sociales que se ofrecieron a estas disciplinas estuvieron estrechamente asociadas a los programas culturales y políticos (tanto los porfirianos como, después, los revolucionarios) pensados para el Museo Nacional, respondiendo al papel que se le atribuía en la construcción nacional y pedagogía patria. Un papel en el que Arqueología y Antropología adquirieron una creciente importancia, que además se fue acentuando todavía más a lo largo de buena parte del siglo xx. Cabe agregar que eso mismo fue determinante para que la Arqueología y Antropología institucionalizadas en México se centraran en el propio territorio, desinteresándose o no haciendo viables propuestas más universales,⁵⁰ algo que

teamericanas de Columbia, Harvard y Pensilvania. Franz Boas y Eduard Seler fueron dos de sus principales valedores internacionales, además sus dos primeros directores. La inauguración y puesta en marcha tuvo lugar el 20 de enero de 1911. Véase una interesante reseña sobre su historia en Rivet (1913). Para estudios actuales Peña (1996) y Rutsch (2004 y 2007).

49 León (1919: 243-244; también en León 1922: 112-113). Por cierto, la participación de Boas tanto en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología como en los cursos de la Escuela Nacional de Altos Estudios de la nueva Universidad Nacional ha ocasionado más de una confusión entre ellas.

50 Ejemplar resulta el caso de Georges Engerrand, el discípulo de Reclus que a partir de 1910 ocupó la cátedra de Prehistoria del Museo Nacional, enseñó además en el Instituto Nacional de Altos Estudios y hasta en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, de la que fue director en 1912-13, pero que finalmente tuvo que trasladar su docencia de Prehistoria Universal a Estados Unidos porque no había

de hecho sigue caracterizando la escuela mexicana de ambas disciplinas.

El primero de febrero de 1909, dentro de los preparativos para la celebración al año siguiente del Centenario de la Independencia y del xvii Congreso Internacional de Americanistas (el segundo en suelo mexicano), el Museo Nacional fue reestructurado, dando forma material a lo que había sido una tendencia dominante en los treinta años anteriores. La antigua sección de Historia Natural fue segregada de la institución y, junto con otros materiales procedentes de varios fondos, se creó un nuevo Museo Nacional de Historia Natural. El viejo museo, que seguía en su sede de la Casa de la Moneda junto al Palacio Nacional, pasó a denominarse entonces Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (en consonancia con la especialización de sus colecciones y con los cursos que en él se impartían). Sólo en 1940, tras una nueva segregación de fondos, pasaría a designarse Museo Nacional de Antropología, en el contexto de un nuevo modelo de formación disciplinar y de las funciones que los profesionales de la Antropología debían desempeñar en la sociedad mexicana, lo que estuvo asociado a un complejo proyecto político y social que llevó a la creación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (1938) y del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939).⁵¹

Frente a este proceso institucional casi ejemplar por su continuidad y coherencia, que fue capaz de superar rupturas y períodos de inestabilidad tan importantes como la propia Revolución Mexicana de 1910, el caso argentino ofrece un proceso notablemente distinto. Y la primera variante de importancia es la quiebra de la institución central, lo que implicó la aparición de otras instancias institucionales alternativas y en competencia, que hicieron más complejo y variado todo el proceso.

Señalábamos antes el notable papel que Carl Hermann Burmeister desempeñó en la profesionalización y reorganización del Museo Público de Buenos Aires, consiguiendo además un importante reconocimiento internacional sobre todo entre 1862, cuando asumió la dirección del museo,

lugar para ella en México. Sobre la trayectoria y obras de Engerrand véase Campbell (1962).

51 Propiamente lo que se fundó en 1938 fue el Departamento de Antropología Biológica en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, el mismo que en 1942 se integró al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) ampliando su horizonte de especialización a las disciplinas histórico-culturales y adoptando el nombre actual de Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH).

y 1869, año en que Burmeister empezó a dedicar una atención creciente a la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas que se acababa de crear en la Universidad de Córdoba y a la propia Academia Nacional de Ciencias de esa ciudad (instituida por Sarmiento en 1868 y encomendada a Burmeister entre 1868-71 y 1873-75).⁵² La excesiva personalización con que Burmeister llevó inicialmente la gestión del Museo Público de Buenos Aires y la creciente desatención en la que cayó esta institución desde finales de la década de 1860, cuando el sabio alemán prefirió concentrarse en sus actividades cordobesas, potenciaron la aparición de otras instituciones porteñas alternativas como la Sociedad Científica Argentina, creada en 1872 por un grupo de estudiosos liderado por Estanislao S. Zavallos, al que se fueron uniendo otras personalidades claves para el desarrollo de las ciencias antropológicas como Francisco P. Moreno.⁵³ La nueva Sociedad Científica Argentina actuó como un ateneo y espacio de actos académicos de creciente prestigio nacional e internacional, impulsó además empresas científicas de gran volumen, entre las que se cuentan varias de las expediciones más importantes a los territorios inexplorados de la Patagonia (la del ya mencionado Francisco Moreno y la de Ramón Lista, entre otras) y, finalmente, supo dotarse de un importante órgano de comunicación impreso (los *Anales Científicos Argentinos*, que empezaron a publicarse en 1874 y que a partir de 1876 fueron sustituidos por los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* de mucho más largo aliento). En otras palabras, durante la década de 1870 esta asociación argentina estuvo cumpliendo funciones y actividades que en el caso mexicano eran propias del Museo Nacional, incluyendo la puesta en práctica de políticas de Estado relacionadas con el conocimiento del territorio patrio y de las poblaciones que lo habitaban. Poblaciones y territorios que durante este período pasaron a ocupar un primerísimo plano en los procesos de construcción nacional a todos los niveles.⁵⁴

Aparece en ese contexto una nueva institución, el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, creado el 17 de octubre de 1877 por el gobierno de la provincia sobre la base de las colecciones aportadas por Francisco Moreno, ya varias veces mencionado. Se trataba de una institución pensada específicamente para cubrir el hueco que estaba dejando el envejecido Museo Público y que la Sociedad Científica Argentina no podía

52 Sobre estas instituciones cordobesas y Burmeister véase Tognetti (2000).

53 Sobre las características y principales nombres de la Antropología argentina de este período véase Stagnaro (1993).

54 Sobre estas cuestiones véase Quijada/Bernand/Schneider (2000).

suplir. La creación del nuevo museo se hizo al volver Francisco Moreno de una gira por Europa en la que había establecido relaciones con varias de las principales instituciones antropológicas, a las que además había entregado materiales muy apreciados (los famosos cráneos de “patagones antiguos”) como una forma de volver a poner la Argentina en el centro del debate científico internacional (una estrategia varias veces puesta en práctica con anterioridad, como ya sabemos). El momento era especialmente oportuno a nivel internacional, con unas disciplinas antropológicas cada vez más interesadas por el origen de la especie humana, sus rasgos más antiguos y la identificación de su cuna. Un debate que se hacía cada vez más paleontológico, campo en el que la Argentina tradicionalmente había tenido un papel de privilegio, aunque sólo fuera por la extraordinaria riqueza de sus materiales fósiles. La aparición en 1880 de la obra más famosa de Florentino Ameghino, *La antigüedad del hombre en el Plata*, y su notable repercusión, es buena muestra de la creciente importancia que el tema estaba adquiriendo en esos años.

Sin embargo, el desarrollo institucional volvió a quebrarse en este punto y de forma muy importante. No es este lugar para entrar en detalles de un proceso bastante complejo. Lo que importa destacar es que en esas fechas se produjeron los movimientos y tensiones que llevaron a la fijación del modelo de organización estatal y nacional definitivo en Argentina. Eso tuvo como consecuencia inmediata, entre otras cuestiones, la transformación de la ciudad de Buenos Aires en un territorio federal, capital de toda la nación (1880), lo que implicó su enajenación del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que así perdía su principal centro urbano y la flor de todas sus instituciones políticas y culturales. La provincia necesitó entonces una nueva capital, que creó de nueva planta con el nombre de La Plata (1882), comenzando así un complicado baile institucional y patrimonial que afectó de lleno la suerte del antiguo Museo Público y del nuevo Museo Antropológico y Arqueológico, ambos originalmente de titularidad provincial.

Simplificando los resultados y omitiendo las tensiones políticas, en 1884 el viejo Museo Público pasó a ser Museo Nacional de Buenos Aires, manteniendo su carácter generalista y a Burmeister como su director. Y ese mismo año de 1884, el gobierno de la provincia creó el nuevo Museo General de La Plata con la finalidad de “empezar a formar los establecimientos que han de reemplazar a los cedidos [al Gobierno Nacional]” (Moreno 1890-91: IX-X), utilizando para ello el Museo Antropológico

y Arqueológico, cuya titularidad provincial era inenajenable y al propio Francisco Moreno como responsable.⁵⁵

Nació así un nuevo museo de carácter general, en el que la dimensión naturalista y la antropológica tenían un papel muy destacado, y que gozaría casi de forma inmediata de prestigio internacional.⁵⁶ Su programa expositivo, tal como lo explica el propio Francisco Moreno (1890-91), integraba lo natural y lo humano, lo físico y lo cultural siguiendo un modelo netamente evolutivo. La singular arquitectura de un edificio hecho *ex professo* transforma la secuencia de salas en un “aro prolongado que representa el anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre” (Moreno 1890-91: 39). Más aún, “en el Museo de La Plata las galerías no terminan; se encuentran en la gran rotonda central; allí nace y concluye la vida americana austral” (52). Pero sobre todo: “la imagen humana debe coronar el plan del Museo destinado a contener la *Historia física y moral de la República Argentina*, y si posible es, la del continente sud-americano a través de los tiempos” (53). Estamos claramente ante una museografía moderna de fuerte voluntad pedagógica para la formación de la ciudadanía y, al mismo tiempo, ante un museo que hacía de la investigación un objetivo prioritario, como base de su prestigio y de su autoridad (imprescindibles para poder proponer con éxito un discurso interpretativo o/y didáctico). Se trataba de un museo general, que incluía una sección de Bellas Artes por ejemplo, pero cuyos ejes centrales eran la Historia Natural y la Antropología, con fuerte énfasis en la Paleontología y la Arqueología. A su lado, el Museo Nacional de Buenos Aires, con sus prodigiosas colecciones acumuladas en un edificio en condiciones cada vez más precarias, sin espacio físico y sin discurso expositivo claro, era una institución envejecida que difícilmente podía cumplir las funciones de prestigio y pedagogía pública que se le exigían.⁵⁷ Todo lo contrario que el Museo de La Plata.⁵⁸

55 La documentación fundamental sobre este proceso fue publicada por Francisco P. Moreno (1890-91). El propio Moreno hizo además una historia bastante completa (1890-91: 35-38).

56 Es muy significativo el relato de Henry A. Ward (1890-91) comparando los museos de Buenos Aires y La Plata.

57 El Museo Nacional entró de hecho en una grave crisis en cuanto institución y con el tiempo llegó a cerrarse al público, por falta de recursos y hasta peligro de ruina. De él se fueron segregando cada vez más partes: en 1893 sus fondos históricos y patrióticos pasaron al nuevo Museo Histórico Nacional (creado en 1889); en 1896 sus fondos artísticos pasaron al nuevo Museo Nacional de Bellas Artes (constituido en 1895); y en 1947 sus colecciones antropológicas pasaron al Museo Etnológico “J.B. Ambro-

Sin embargo, aunque en el Museo de La Plata se hacía investigación, se realizaban expediciones y se exponían sus ricas colecciones con criterios pedagógico-políticos, lo cierto es que la docencia formal no apareció hasta principios del siglo xx (como pasa también en el caso mexicano). El modelo original de Moreno, que no contemplaba cátedra alguna, exigía en cambio la creación de áreas de especialización a cargo de científicos con formación y reconocimiento universitarios, lo que implicaba que normalmente debían ser reclutados en Europa. En 1895 se creó la Sección de Antropología y el holandés Herman ten Kate fue su primer director, sustituido a partir de 1897 por el alemán Robert Lehmann-Nitsche (que se mantendría en el cargo hasta su jubilación en 1930). Se trataba del primer cargo profesional como antropólogo en Argentina y estaba ubicado en una estructura académica de prestigio, pero no era una cátedra. La dimensión docente entró en el Museo de La Plata como consecuencia de la creación por parte de las autoridades provinciales (las mismas que sostenían el museo) de una Universidad Provincial de La Plata que, desde su puesta en marcha en 1897, aprovechó el espacio físico y los recursos científicos –materiales y humanos– del museo. Pero el momento decisivo se produjo en 1905, cuando el gobierno nacional transformó esa universidad provincial en la tercera universidad nacional de Argentina. Y con ese cambio el riquísimo museo provincial de La Plata pasó a ser legalmente un museo universitario: centro físico y experimental de enorme importancia para la nueva universidad nacional, pero carente de autonomía e incapaz a partir de entonces de mantener el programa de investigaciones y pedagogía patria ideado por Moreno, quien renunció a su cargo de director en 1906.⁵⁹ En el nuevo contexto universitario Lehmann-Nitsche, director de la Sección de Antropología del museo, sería también el encargado de dictar la cátedra de Antropología en la Universidad de La Plata.

Universidad nacional, museo universitario y, dentro de él, formalización de la docencia en Antropología con una cátedra es también el proceso institucional que tuvo lugar en esos mismos años en la Universidad

setti” de la Universidad de Buenos Aires (creado en 1904). El museo, transformado en Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”, sólo se recuperó institucionalmente al ser trasladado en 1937 a su actual sede, edificada ex professo para él, junto al Parque Centenario.

58 Sobre el Museo de La Plata véanse Teruggi (1994), Quijada (1998), Podgorny (1999), Lopes/Murriello (2005), Podgorny/Lopes (2008).

59 Sobre el cambio de museo provincial a museo universitario véase Podgorny (1995).

de Buenos Aires. Por iniciativa de Juan Bautista Ambrosetti (antiguo jefe de la sección de Arqueología del Museo Nacional, antes Museo Público) se creó en 1904 el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, que el propio Ambrosetti dirigió hasta su fallecimiento en 1917. Ese museo, el primero especializado de su género en Latinoamérica, fue además la sede donde la Universidad de Buenos Aires estableció en 1905 la primera cátedra de Antropología de Argentina, y una de las primeras del continente. Juan Bautista Ambrosetti, figura clave en muchos sentidos,⁶⁰ fue un notable impulsor de la disciplina y buscó la homologación de las prácticas locales con lo que se hacía internacionalmente. En ese contexto se inscribe la campaña de Ambrosetti para que el xvii Congreso Internacional de Americanistas de 1910 se celebrase en Buenos Aires, que coronó con bastante éxito (finalmente hubo una sede compartida: mayo en Argentina, septiembre en México). Pero de no menor importancia institucional es que Ambrosetti fuera el encargado, en 1912 y a solicitud personal de Franz Boas, de llevar a cabo los trámites necesarios para que Argentina formara parte integrante de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas con primera sede en México.⁶¹ Una iniciativa que desgraciadamente se truncó por el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y por el cese de las actividades regulares de la Escuela Internacional.

El caso argentino y el mexicano convergen institucionalmente en este punto y tienen como interlocutor común a la figura de Franz Boas. Es el momento no sólo de la institucionalización más clara, sino de la homologación profesional a nivel internacional. No parece casualidad que fuera una vez más Ambrosetti quien invitó a Aleš Hrdlicka –el otro padre de la Antropología americana– al Congreso Internacional de Americanistas de 1910 y quien le encargó la revisión científica de los famosos materiales paleoantropológicos. El informe, como es bien sabido, fue demoledor. Florentino Ameghino murió en 1911 y en 1912 salió impreso *Early Man in South America*, con el que Hrdlicka puso fin a toda una época.

La singular evolución del caso argentino, con sus sucesivas quiebras institucionales, es reflejo de la propia evolución del país y de los sucesivos proyectos de construcción nacional. A diferencia de lo que ocurre en México, que tiene un proyecto relativamente estable en el que las cuestiones

60 Sobre Ambrosetti, que necesita un estudio más moderno, véase Cáceres Freyre (1967).

61 Lo tratado entre Boas y Ambrosetti sobre la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas figura en el informe sobre el XVIII Congreso Internacional de Americanistas (Londres) presentado por Alfonso Pruneda (1912: 164-165).

antropológicas y etnológicas adquieren cada vez mayor significación, en Argentina vendría a ocurrir más bien lo contrario. En el país del Plata el proyecto de construcción nacional que finalmente se impuso otorgaba un papel cada vez más secundario a las cuestiones antropológicas, salvo en los temas de Eugenesia y Antropología Criminal (también muy presentes en México). Un fenómeno que sin duda afectó al desarrollo posterior de estas disciplinas.

Pero hasta ese momento las ciencias antropológicas tanto en México como en Argentina siguieron un proceso bastante similar al que se produjo en Europa y en Estados Unidos. En todos los casos los museos desempeñaron un papel destacado en su institucionalización y profesionalización, que culminó en la primera década del siglo xx con un máximo nivel de internacionalización y con la aparición de las universidades como un nuevo actor que terminará siendo hegemónico. Pero eso corresponde a lo que yo considero una nueva etapa profesional e institucional que con frecuencia no ha sido capaz de reconocer los desarrollos anteriores, en parte porque se ha constituido sobre ellos.

Bibliografía

- ALCINA FRANCH, José (1995): *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América española*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- ANDERMANN, Jens (2000a): "The Museo Nacional de Ciencias Naturales, Buenos Aires". En: Andermann, Jens (coord.): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <<http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Andermann05.htm>> (10.06.2010).
- (2000b): "The Museo de La Plata, 1877-1906". En: Andermann, Jens (coord.): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <<http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts/Andermann04.htm>> (10.06.2010).
- (coord.) (2000c): *Relics and Shelves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile (1880-1890)*. London: Birkbeck College/The Iberoamerican Museum of Visual Culture, web exhibition, <www.bbk.ac.uk/ibamuseum/> (10.06.2010).
- APPADURAI, Arjun (1986): *The Social Life of Things: Commodities on the Origin and Spread of Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ARENAS, Patricia (1991): *Antropología en la Argentina. El aporte de los científicos de habla alemana*. Buenos Aires: Institución Cultural Argentino-Germana/Museo Etnográfico "J.B. Ambrosetti".

- ASÚA, Miguel de (2010): *La Ciencia de Mayo. La cultura científica en el Río de la Plata 1800-1820*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BARNARD, Alan (2000): *History and Theory in Anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BENNETT, Tony (1995): *The Birth of the Museum: History, Theory, Politics*. London: Routledge.
- (2004): *Pasts beyond Memory: Evolution, Museums, Colonialism*. London: Routledge.
- BIRABEN, Max (1968): *German Burmeister. Su vida, su obra*. Buenos Aires: Secretaría de Estado y Educación.
- BLANCKAERT, Claude (1997): “La création de la chaire d’anthropologie du Muséum dans son contexte institutionnel et intellectuel (1832-1855)”. En: Blanckaert, Claude/Cohen, Claudine/Corsi, Pietro/Fischer, Jean-Louis (eds.): *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. Paris: Éditions du Muséum National d’Histoire Naturelle, pp. 85-123.
- BOURDIEU, Pierre (1979): *La distinction. Critique sociale du jugement*. Paris: Éditions du Minuit.
- (1992): *Les règles de l’art. Genèse et structure du champ littéraire*. Paris: Seuil.
- (1994): *Raisons pratiques. Sur la théorie de l’action*. Paris: Seuil.
- BRAMBILA PAZ, Rosa/GORTARI, Rebeca de (2004): “Los Anales del Museo Nacional”. En: Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 243-274.
- BRAUNHOLTZ, Hermann Justus (1970): *Sir Hans Slone and Ethnography*. London: Trustees of the British Museum.
- BUNZL, Matti (1996): “Franz Boas and the Humboldtian Tradition: From *Volksgeist* and *Nationalcharakter* to an Anthropological Concept of Culture”. En: Stocking, George W., Jr. (ed.): “*Volksgeist*” as *Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Colección History of Anthropology, 8. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 17-78.
- BUSTAMANTE, Jesús (2005a): “La conformación de la Antropología como disciplina científica, el Museo Nacional de México y los Congresos Internacionales de Americanistas”. En: *Revista de Indias*, 65, 234, pp. 303-318.
- (ed.) (2005b): *Ingenieros sociales en América Latina: el papel de la Antropología en las nuevas repúblicas*. *Revista de Indias* (dossier), 65, 234, pp. 299-452.
- BUSTAMANTE, Jesús/GIRAUDO, Laura/MAYER, Leticia (2014): *La novedad estadística: cuantificar, cualificar y transformar las poblaciones, en Europa y América Latina, siglos XIX y XX*. Madrid: Ediciones Polifemo.
- CABELLO CARRO, Paz (1992): *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya. Descubrimiento de Palenque y primeras excavaciones de carácter científico*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- CÁCERES FREYRE, Julián (1967): *Juan B. Ambrosetti*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas/Secretaría de Estado de Cultura y Educación.
- CAMPBELL, Thomas Nolan (1962): “George Charles Marius Engerrand 1877-1961”. En: *American Anthropologist*, 64, pp. 1052-1956.
- DARNELL, Regna (2001): *Invisible Genealogies: A History of Americanist Anthropology*. Lincoln: University of Nebraska Press.

- DIAS, Nélia (1991): *Le Musée d'ethnographie du Trocadéro (1878-1908). Anthropologie et muséologie en France*. Paris: Éditions du CNRS.
- EFFERT, Rudolf (2008): *Royal Cabinets and Auxiliary Branches: Origins of the National Museum of Ethnology, 1816-1883*. Leiden: CNWS Publications. Mededelingen van het Rijksmuseum voor Volkenkunde, 37.
- ERICKSON, Paul S./MURPHY, Liam D. (2008): *A History of Anthropological Theory*. 3ª ed. Toronto: University of Toronto Press Higher Education.
- FABIETTI, Ugo (2001): *Storia dell'Antropologia*. Bologna: Zanichelli.
- FISCHER, Manuela/BOLZ, Peter/KAMEL, Susan (eds.) (2007): *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*. Hildesheim/Zürich/New York: Georg Olms Verlag.
- GAILLARD, G  rald (1997): *Dictionnaire des ethnologues et des anthropologues*. Paris: Armand Colin/Masson.
- GARCÍA, Genaro (1909): "Introducción [Reseña Histórica del Museo Nacional]". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 3   epoca, pp. V-VIII.
- GROTTANELLI, Vinigi (1977): "Ethnology and/or Cultural Anthropology in Italy: Traditions and Developments". En: *Current Anthropology*, 18, 4, pp. 593-614.
- GUEVARA FEFER, Rafael (2004): "La danza de las disciplinas. El Museo Nacional a través de los trabajos y los días de Gumesindo Mendoza". En: Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 141-156.
- HENARE, Amiria J.M. (2005): *Museums, Anthropology and Imperial Exchange*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HENDERSON, Amy/KAEPPLER, Adrienne L. (eds.) (1997): *Exhibiting Dilemmas. Issues of Representation at the Smithsonian*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- HERSKOVITS, Melville J. (1948): *Man and his Works. The Science of Cultural Anthropology*. New York: Alfred Kopf.
- HINSLEY, Curtis M., Jr. (1981): *Savages and Scientists: The Smithsonian Institution and the Development of American Anthropology, 1846-1910*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- HOOPER-GREENHILL, Eilean (1992): *Museums and the Shaping of Knowledge*. London/New York: Routledge.
- KARP, Ivan/LAVINE, Steven D. (eds.) (1991): *Exhibiting Cultures: The Poetics and Politics of Museum Display*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- KUKLICK, Henrika (1991): *The Savage Within: The Social History of British Anthropology, 1885-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (ed.) (2008): *A New History of Anthropology*. Malden/Oxford/Carlton/Victoria: Blackwell Publishing.
- LATOUR, Bruno (2005): *Reassembling the Social: An Introduction to Actor-Network-Theory*. Oxford: Oxford University Press.
- LAURIÈRE, Christine (2008): *Paul Rivet, le savant et le politique*. Paris: Publications Scientifiques du Muséum d'Histoire Naturelle.

- LEÓN, Nicolás (1919): "Historia de la Antropología física en México". En: *American Journal of Physical Anthropology*, II, 3, pp. 229-264.
- (1922): "La Antropología Física y la Antropometría en México. Notas históricas". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 4ª época, pp. 99-136.
- L'ESTOILE, Benoît de (2007): *Le Goût des Autres. De l'Exposition coloniale aux Arts premiers*. Paris: Flammarion.
- LOPES, María Margaret/MURRIELLO, Sandra Elena (2005): "El movimiento de los museos en Latinoamérica a fines del siglo XIX: el caso del Museo de La Plata". En *Asclepio*, LVII, 2, pp. 203-222.
- LÓPEZ PIÑERO, José María/GLICK, Thomas F. (1993): *El Megaterio de Bru y el Presidente Jefferson, una relación insospechada en los albores de la paleontología*. Valencia: Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia/Universidad de Valencia/CSIC.
- LOZOYA, Xavier (1984): *Plantas y luces en México. La Real Expedición Científica a Nueva España (1787-1803)*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- MASSIN, Benoît (1996): "From Virchow to Fischer. Physical Anthropology and "Modern Race Theories" in Wilhelmine Germany". En: Stocking, George W., Jr. (ed.): *"Volksgeist" as Method and Ethic. Essays on Boasian Ethnography and the German Anthropological Tradition*. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 79-154. Colección History of Anthropology, 8.
- MCCARTHY, Conal (2007): *Exhibiting Maori. A History of Colonial Cultures of Display*. Oxford/New York: Berg Publishers.
- MENDOZA, Gumesindo (1877): "Informe presentado al Ministerio de Justicia". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 1ª época, pp. 111-112.
- MORALES MORENO, Luis Gerardo (1994): *Orígenes de la museología mexicana. Fuentes para el estudio histórico del Museo Nacional, 1780-1940*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana.
- MORENO, Francisco A. (1890-91): "Documentos". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. VII-XV.
- (1890-91): "El Museo de La Plata. Rápida mirada sobre su fundación y desarrollo". En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 27-55.
- MORPURGO DAVIES, Anna (1975): "Language Classification in the Nineteenth Century". En: Seboek, Thomas A. (ed): *Current Trends in Linguistics*. Vol. 13: *Historiography of Linguistics*. Den Haag/Paris: Mouton, pp. 607-716.
- ONNA, Alberto F. (2000): "Estrategias de visualización y legitimación de los primeros paleontólogos en el Río de La Plata durante la primera mitad del siglo XIX: Francisco Javier Muñiz y Teodoro Miguel Viardebó". En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 53-70.
- PATTERSON, Thomas C. (2001): *A Social History of Anthropology in the United States*. Oxford/New York: Berg Publishers.
- PEARCE, Susan M. (ed.) (1992): *Museums, Objects and Collections: A Cultural Study*. London: Leicester University Press.
- (ed.) (1997): *Experiencing Material Culture in the Western World*. London: Leicester University Press.

- PELAYO, Francisco (1996): *Del Diluvio al Megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España*. Madrid: CSIC.
- PENNY, H. Glenn (2002): *Objects of Culture. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- PEÑA, Guillermo de la (1996): "Nacionales y extranjeros en la historia de la Antropología mexicana". En: Rutsch, Mechthild (comp.): *La historia de la Antropología en México. Fuentes y transmisión*. México, D.F.: Plaza y Valdés/Universidad Iberoamericana/ INAH, pp. 41-81.
- PETERMANN, Werner (2004): *Die Geschichte der Ethnologie*. Wuppertal: Peter Hammer Verlag.
- PODGORNY, Irina (1995): "De razón a facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918". En: *Runa*, XXII, pp. 89-104.
- (1999): "De la antigüedad del hombre en el Plata a la distribución de las antigüedades en el mapa: los criterios de organización de las colecciones antropológicas del Museo de La Plata entre 1897 y 1930". En: *História, Ciências, Saúde – Manguinhos*, VI, 1, pp. 81-101.
- PODGORNY, Irina/LOPES, Maria Margaret (2008): *El desierto en una vitrina: museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*. México, D.F.: Limusa.
- PORTER, Roy (1990): "The History of Science and the History of Society". En: *Companion to the History of Modern Science*. London/New York: Routledge, pp. 32-46.
- PRUNEDA, Alfonso (1912): "Informe del delegado de México en el XVIII Congreso de Americanistas". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 4, época 3, pp. 145-168.
- PUCCINI, Sandra (1991): "Institutionnalisation de l'anthropologie italienne au XIXe siècle". En: *Gradhiva*, 9, pp. 63-76.
- QUIJADA, Mónica (1998): "Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina". En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 9, 2, pp. 21-46.
- QUIJADA, Mónica/BERNARD, Carmen/SCHNEIDER, Arnd (2000): *Homogeneidad y nación, con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*. Madrid: CSIC.
- RICO MANSARD, Luisa Fernanda (2004): *Exhibir para educar. Objetos, colecciones y museos de la ciudad de México (1790-1910)*. México, D.F./Barcelona: Ediciones Pomares.
- RIVET, Paul (1913): "Escuela internacional de Arqueología y Etnología americanas". En: *Journal de la Société des Américanistes*, 10, 2, pp. 684-687.
- ROMERO DE TEJADA Y PICATOSTE, Pilar (1992): *Un templo a la ciencia. Historia del Museo de Etnología*. Madrid: Ministerio de Educación.
- RONZÓN, Elena (1991): *Antropología y Antropologías. Ideas para una historia crítica de la Antropología española. El siglo XIX*. Oviedo: Pentalfa Ediciones.
- RUTSCH, Mechthild (2004): "Sobre la historia de la Antropología mexicana: 1900-1920". En Rutsch, Mechthild/Wacher, Mette Marie (coords.): *Alarifes, amanuenses y evangelistas. Tradiciones, personajes, comunidades y narrativas de la ciencia en México*. México, D.F.: INAH/Universidad Iberoamericana, pp. 275-292.
- (2007): *Entre el campo y el gabinete: nacionales y extranjeros en la profesionalización de la Antropología mexicana (1877-1920)*. México, D.F.: INAH/UNAM.
- SÁNCHEZ, Jesús (1877): "Reseña histórica del Museo Nacional de México". En: *Anales del Museo Nacional de México*, 1, 1ª época, pp. 1-2.

- (1887): “Informe al Secretario de Justicia é Instrucción Pública”. En: *Anales del Museo Nacional de México*, 4, 1ª época, pp. 3-4.
- SAURO, Sandra (2000): “El Museo Bernardino Rivadavia, institución fundante de las Ciencias Naturales en la Argentina del siglo XIX”. En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 329-344.
- SCHAER, Roland (1993): *L'invention des Musées*. Paris: Découvert Gallimard/Réunion des Musées Nationaux.
- SCHRADER, Otto (1890): *Sprachvergleichung und Urgeschichte: Linguistisch-historische Beiträge zur Erforschung des indogermanischen Altertums*. Jena: H. Costenoble.
- STAGNARO, Adriana Alejandrina (1993): “La Antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo (1870-1910)”. En: *Alteridades*, 3, 6, pp. 53-65.
- STOCKING, George W., Jr. (1995): *After Tylor. British Social Anthropology 1888-1951*. Madison: University of Wisconsin Press.
- TENORIO TRILLO, Mauricio (1998): *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- TERUGGI, Mario E. (1994): *Museo de La Plata 1888-1988: una centuria de honra*. Brandsen: Fundación Museo de La Plata.
- TOGNETTI, Luis (2000): “La introducción de la investigación científica en Córdoba a fines del siglo XIX: la Academia Nacional de Ciencias y la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas (1868-1878)”. En: Montserrat, Marcelo (comp.): *La Ciencia en la Argentina entre siglos. Textos, contextos e instituciones*. Buenos Aires: Manantial, pp. 345-365.
- TONNI, Eduardo P./Pasquali, Ricardo C./Laza, José H. (2007): *Buscadores de fósiles. Los protagonistas de la paleontología de los vertebrados en la Argentina*. Córdoba: Jorge Sarmiento Editor.
- TOVAR, Antonio (1997): “El lenguaje en el tiempo”. En: Tovar, Antonio: *Estudios de Tipología Lingüística. Sobre el euskera, el español y otras lenguas del Viejo y el Nuevo Mundo*. Madrid: Istmo, pp.19-45.
- WARD, Henry A. (1890-91): “Los museos argentinos”. En: *Revista del Museo de La Plata*, I, pp. 145-151.
- WEBER, Max (1978): *Economy and Society. An Outline of Interpretative Sociology*. 2 vols. Edición de Guenther Roth y Claus Wittich. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- WITCOMB, Andrea (2003): *Re-imagining the Museum: Beyond the Mausoleum*. London: Routledge.
- ZIMMERMANN, Andrew (2001): *Anthropology and Antihumanism in Imperial Germany*. Chicago: University of Chicago Press.